

tos de estas construcciones y se concentran precisamente donde lo hacen también los cerros, aumentando su presencia donde llegan a formar sierra, como en el Campo de Criptana que, juntos los cerros y juntos los molinos, se le multiplicaron en la mente a Don Quijote y le impulsaron a la feroz acometida que por este hecho no pudo tener lugar más que en Criptana, pues la sierra de Consuegra queda a trasmano y las de Herencia y la Mota no justifican esa abundancia, aunque sí la necesidad de sus antiguos pobladores.

En algunos otros pueblos y en Alcázar mismo, quedó patente esa necesidad por el hecho de haber tenido molinos hasta en las cuevas de escasa elevación, como la del Santo, donde estuvo el molino Urema, muy comentado y concurrido por su proximidad a la Villa. Y muy extraño en su denominación, por demás inexpresiva, que pudo ser mote o nombre de algún usuario, acaso adulterado por el uso burdo.

En el molino de Urema
estaban haciendo gachas,

Llegó Gregorio Maquillas
y se llevó la cuchara.

Nuestros molinos recibieron nombre de su lugar de emplazamiento o del de sus dueños, incluso siendo más de uno, como los de los cerros del Tinte, los de la Horca o de San Antón, La Motilla, la Cana, el Chirolo, etc., hasta docena y media aproximadamente dispersos por el término.

Con el aire que lleva
la Chirolilla,
muele más el molino
de Cebailla.

Pero Criptana dispuso de un emplazamiento único y vistoso y sin tener más que los pueblos citados, por ser más chico, los tenía en buena formación y visibilidad y todavía tiene el gusto de conservar uno con el maderamen y las hechuras de la más rancia antigüedad, que nos ha servido para hacer este bosquejo que pueda perpetuar su recuerdo. Le llaman el BURLETA, amparo actual de Tiburcio y cobijo de sus labores de esparto y marquería. Se construyó el año 1555 y estuvo moliendo hasta el 1955.

Chaves ha querido completar las ilustraciones de este trabajo con la rosa de los vientos privativa de los molineros, donde se aprecian los aires y su dirección cotidiana de izquierda a derecha, sin escatimar la pincelada de su arte que avalora la ciencia con la vista del molino, el achaparrado molinero sobre el rucio y el diablillo que sopla y mueve la rueda. Todo sea en favor del mejor conocimiento de la fuerza motriz de nuestros molinos.

